

## Capítulo 9

### *Un paseo por Lucítera*

Durante demasiados segundos sólo se escuchó el silencio de Baldo. La sonrisa tranquila de la chica se fue deshaciendo con cada palabra que él no se atrevía a decir. Su timidez solidificaba su garganta.

Perpleja, ella tomó la iniciativa de nuevo.

– Bueno, puedes invitarme a un helado... si es que quieres, claro.

Sólo aquel simulacro de ofensa hizo reaccionar a Baldo. Sonrió despacio, sintiéndolo desde dentro. Consiguió que la luz volviera al rostro de su desconocida.

– Claro que sí –dijo, con la voz más cálida y más tranquila que fue capaz de encontrar–, te invito a un helado. Encantado.

Se llevó la mano al bolsillo. Cayó en la cuenta, con terror, de que podía no tener suficiente para comprar un segundo helado. Sacó las monedas y las miró con disimulo mientras se giraba de nuevo hacia el puesto ambulante. Resopló aliviado al ver que tenía dinero de sobra.

– ¿También lo quieres de yogur?

– Sí, es de mis preferidos.

– De acuerdo. Otro de yogur, por favor –dijo al heladero.

Baldo observó cómo el hombre servía el cucurucho. Esperaba que se lo entregara él mismo a la chica, pero no

fue eso lo que hizo. En su lugar se le quedó mirando, sujetando el cucurucho en la mano y esperando. No estaba seguro de qué ocurría; si no soltaba primero el helado, el hombre no iba a poder coger el dinero. El heladero le guiñó uno ojo e hizo un gesto con las cejas, primero señalando al helado y después a la chica. Baldo comprendió. Contó las monedas justas para pagar y las depositó sobre el carro, y a continuación cogió el helado y se lo entregó él mismo a la chica, que lo aceptó sonriendo. El hombre volvió a hacerle un guiño y asintió rápidamente con la cabeza. Baldo le devolvió el guiño, y luego miró a la chica.

– Qué bueno. Gracias –dijo ella.

– De nada. Creo... creo que te vi ayer –dijo Baldo, tímido.

– Sí que me viste, dentro de la tienda. Pensé que entrarías y me dirías algo, pero te fuiste.

Baldo la miró sin hablar. Se le escapó una sonrisa. La chica que no se andaba con rodeos, y eso le gustaba. Dio un lametón a su helado mientras pensaba la respuesta.

– Me bloqueé, lo reconozco, igual que hace un momento cuando has llegado por detrás. Tienes una forma de mirar que intimida un poco, ¿sabes?

– No lo creo, lo que ocurre es que a la gente no le gusta ser observada.

– Ya... bueno, supongo que es así. De todas formas, ayer mi madre quería irse al apartamento, por eso nos fuimos tan rápidamente.

– ¿Aquella era tu madre?

– Sí.

– Es guapa, muy guapa, pero ayer tenía la cara triste, si no te importa que te lo diga...

Baldo volvió a sonreír. Realmente le gustaba aquella chica que no dudaba en decir lo que quería decir.

– Si me enseñas cómo subir hasta la biblioteca te contaré por qué tenía aquella cara –dijo él. A ella pareció sorprenderle el arranque de iniciativa. Sonrió y dijo que sí

con la cabeza.

– De acuerdo, te llevaré hasta la biblioteca, pero no hace falta que me cuentes nada sobre tu madre si no quieres. Los problemas de cada uno son de cada uno, y a lo mejor no está bien que se los cuentes a otras personas, sobre todo si son desconocidas.

– Tienes razón –dijo él, exagerando el gesto, como si discurriese un problema de resolución imposible–, lo mejor será que nos presentemos y así ya no seremos desconocidos. Entonces te podré contar qué le ocurría a mi madre.

A ella le hizo gracia la ocurrencia.

– De acuerdo –dijo–, me parece buena idea. Me llamo Ana.

– Y yo me llamo Baldo.

– ¿Baldo?, es un nombre curioso, nunca lo había oído.

– Bueno, es sólo un diminutivo, pero todo el mundo me llama así. No me gusta mi nombre.

– ¿Por qué no?, no puede ser tan terrible...

– Lo es, créeme.

– Bueno, si tú lo dices... Baldo: encantada de conocerte.

– Igualmente... Ana. ¿Qué me dices de la biblioteca, me llevarás hasta allí?

– Claro que sí, te va a gustar, yo voy mucho.

Ambos empezaron a cruzar despacio la plaza, mientras continuaban hablando. Ana se encaminó hacia uno de los laterales.

– En realidad –dijo él–, ayer a mi madre no le ocurría nada.

Ana le miró mientras probaba otro poco del helado.

– No debería haberte dicho nada sobre su cara de tristeza. Seguramente fue sólo algo que imaginé cuando la vi a través del cristal, y ahora me estás contando cosas que a lo mejor ella no quiere que se sepan.

– Pero es que... ¡no le ocurría nada, de verdad! – insistió Baldo–, yo creo que simplemente estaba un poco

nostálgica, y por eso tenía la cara que tenía, nada más.

– ¿Nostálgica?

– Sí, nostálgica por muchas cosas. Verás...

– ¡No, espera! No me lo cuentes, lo intentaré adivinar, ¿vale?

– Bueno, si quieres...

Ana se mantuvo callada un momento, mientras continuaban cruzando la plaza. Dio varios lametones a su helado, manteniendo la mirada distraída y los ojos un poco entrecerrados.

– De acuerdo –dijo ella–, creo que ya lo tengo. La historia es muy simple: ayer estaba contigo frente a un escaparate. Al verlo probablemente recordó algún otro escaparate que en el pasado significó algo para ella, quizá porque comprara algo que ha perdido, o quizá porque allí conoció a alguien a quien echa de menos, ¿voy bien?

– Mmm... más o menos.

– Yo creo que le vino a la mente algo que tuvo en el pasado y que ahora ya no tiene, pero al recordar ese objeto perdido ha revivido otra época que echa de menos, quizá porque era más feliz, o quizá porque había alguien a quien ya no tiene, ¿qué tal?

– Bueno, has acertado en parte, y en parte no.

– Vale, pues ahora, si quieres, puedes contarme lo que le ocurría.

– ¿Ahora ya no te preocupa que sea algo personal?

– ¡Pero si me has dicho que no le pasaba nada!

– De acuerdo, de acuerdo, te lo contaré, sólo bromeaba... En realidad no hay ningún misterio: hace muchos años, cuando era una niña, mi madre –que, por cierto, se llama Sonia– pasó un verano aquí con mi abuelo.

– ¿De verdad? Qué raro, antes casi no había turistas en el pueblo.

– ¿No? Bueno, no lo sé, mi madre nunca me ha contado por qué mi abuelo eligió este sitio. Lo cierto es que vinieron aquí y pasaron un mes, en una casa alquilada. Me la enseñó por fuera ayer, pero no sería

capaz de llevarte allí, me haría un lío si tuviera que orientarme por las calles del pueblo.

– No me extraña, esto es una especie de laberinto. De cuando en cuando tenemos que ayudar a algún turista desorientado, y eso que el pueblo es pequeño. Mi madre está pensando en colocar carteles de dirección en las esquinas.

– ¿Tu madre? ¿Cómo va a hacer eso tu madre?

– Bueno, es que... es la alcaldesa del pueblo, ¿sabes?

Baldo estaba dando otro lametón a su helado. No trató de disimular su sorpresa.

– ¿Enjerio? –exclamó él, con la boca llena de helado.

– Jí, enjerio –bromeó ella.

– Bueno, pues puedes decirle que *este* turista piensa que es muy buena idea poner señales para orientarse por el centro del pueblo, porque es un verdadero lío.

– De acuerdo, se lo diré... aunque en realidad pienso que es más divertido aprenderse las calles de memoria. Si quieres te las puedo ir enseñando.

A Baldo cada vez le caía mejor aquella chica que hablaba con tanta soltura y que no tenía ninguna timidez. “Claro que me encantaría que me enseñases el pueblo”, pensó.

– Vale –dijo, tratando de relajar la voz; no quería que ella notara lo mucho que le entusiasmaba la idea– hoy me enseñas cómo subir y bajar de la biblioteca, y mañana quedamos y me enseñas otra parte.

– De acuerdo. Te lo aprenderás enseguida, ya verás, en realidad el pueblo es menor de lo que parece.

– ¿Y ahora por dónde? –dijo Baldo, mirando a dos callejuelas distintas que estaban frente a ellos, en un lateral de la plaza.

– Por la de la izquierda, es más corto.

– Vale, vamos. En fin, ¿por dónde iba? Ah, sí, te decía que mi madre y mi abuelo pasaron un mes aquí

hace muchos años. Nunca he sabido por qué precisamente en este pueblo y no en otro, pero así fue.

– Bien, ¿y qué tiene que ver el escaparate de aquella tienda en todo esto?

– Resulta que mi abuelo le regaló a mi madre una máquina de escribir que compró en esa tienda, por eso me la estaba enseñando. Fue su primera máquina, y le duró muchos años. Después tuvo otras más modernas, claro, pero a aquella le tiene mucho cariño.

– ¿Todavía la conserva?

– Sí, la tiene guardada en una vitrina, en casa. Se llama *Bella*.

– ¿Le ha puesto nombre? Qué bien, en eso tu madre y yo nos parecemos, nos gusta ponerles nombre a las cosas para que parezcan más cercanas. *Bella* es un nombre muy bonito.

– En realidad es la marca, *Bellafonte*, pero ella lo abrevió. Es casi como si fuera su amiga; a veces, cuando se queda bloqueada y no le vienen ideas para sus cuentos, se levanta y empieza a hablarle en voz alta mientras pasea por el despacho. Si uno no conociese la historia pensaría que está como una cabra.

– ¿Cuentos? ¿Tu madre escribe cuentos?

– Sí, bueno, esa es la segunda parte de la historia. Verás: durante el verano que pasó aquí conoció a un anciano, un solitario que vivía en las montañas, cerca de los acantilados...

– ¿En los acantilados? Imposible, allí no vive nadie.

– Bueno, quizá ahora no, pero hace... en fin, cuando mi madre estuvo aquí vivía alguien, te lo aseguro. Mi abuelo y ella lo conocieron por casualidad, y al parecer este anciano tenía mucha imaginación, y le contó a mi madre una historia sobre un mundo imaginario que se llamaba *Albequa*. Seguro que conoces la novela.

– *Albequa*, ¡claro que sí! Bueno, no la he leído, pero algunas chicas de clase sí la tienen y me han dicho que debería leerla, que es maravillosa ¿Me estás diciendo que fue tu madre quien la escribió?

– Sí, aunque ella siempre dice que en realidad el mérito no es suyo, sino del anciano que le contó la historia. Cuando la gente la felicita siempre contesta que lo único que hizo fue pasarla a papel y añadirle unos cuantos detalles de su imaginación, nada más... ¿Ahora por dónde seguimos?

Habían subido una calle que tenía una suave pendiente, y que describía una leve curva. Al llegar a la esquina tenían la posibilidad de girar a derecha o izquierda, o de seguir de frente. Ana miró alrededor, como dándose cuenta de repente adónde habían llegado. Había prometido enseñar a Baldo cómo orientarse por el pueblo, así que tenía que empezar a darle pistas.

– Oh, claro, de acuerdo, veamos: tienes que ir fijándote en cualquier cosa que te llame la atención: los carteles de las tiendas, una farola, el nombre de una calle, un buzón... lo que sea para que después recuerdes cómo hacer el camino al revés.

– Bien –convino él–, esta esquina es fácil porque si me pongo en el lado izquierdo de la calle se puede ver la plaza. Intentaré recordar esta puerta verde de aquí.

– Vale, eso debería servir. Ahora seguimos de frente, despacio porque esta calle es un poco más empinada... Sigue contándome más de la historia de tu madre, por favor, me parece mágica.

– Ya está, ya no hay más. Ella siempre dice que se convirtió en escritora aquí, cuando tenía doce años, a pesar de que la novela no se publicó hasta ocho años después. Se pasó todo el mes aprendiendo a mecanografiar con... con Bella, ya sabes, y visitando al anciano del acantilado, que poco a poco le iba contando la historia de *Albequa*.

– Es maravilloso. Me encantaría que mi madre también fuera escritora de cuentos, en lugar de ser alcaldesa. Es el trabajo más aburrido del mundo. Bueno, en realidad su trabajo no es ser alcaldesa, a eso se dedica un rato por las mañanas, nada más.

– ¿Y qué hace el resto del tiempo?

– Pues... es la bibliotecaria. Vino hace bastantes años, cuando la anterior bibliotecaria se marchó.

– Claro, ahora entiendo que vayas tanto a la biblioteca.

– ¡Pero no sólo voy a verla a ella! –protestó Ana–, voy porque me gusta mucho leer. Puedo sacar todos los libros que quiera. Bueno, en realidad todo el mundo puede, pero si me retraso un poco en devolverlos no pasa nada porque no me va a poner una multa, claro.

– ¡Ya me imagino! ¿Sueles retrasarte devolviendo los libros?

– Qué va, casi siempre termino en dos o tres días. Es que me encantan las historias, sobre todo las fantásticas, ¿a ti no?

– Yo... la verdad es que casi todo lo que leo son cómics, me gustan más que los libros. La acción ocurre más deprisa, y puedes ver a los personajes.

– Pero es que imaginarte a los personajes es una de las cosas que más me gustan de los libros, puedes darles la cara y la voz que quieras... Qué suerte, ojalá mi madre hubiera sabido tantos cuentos como la tuya.

– En realidad no sabía muchos, sino que los inventaba. Bueno, aún los inventa. Después de publicar *Albequa* empezó a escribir cuentos cortos, y como se vendían bien la editorial la contrató. Muchas veces dice que si no tuviera tanto trabajo intentaría encontrar tiempo para escribir otra historia larga como la de *Albequa*.

– Es genial. Ya que vamos a entrar en la biblioteca creo que voy a sacar la novela, me has metido el gusanillo en el cuerpo ¿Qué tal es?

– Pues... la verdad es que me da un poco de vergüenza reconocerlo pero... no la he leído.

– ¿No la has leído? Pero, pero... ¡es increíble!, ¿cómo es posible?

– Bueno, es que... llevo toda la vida oyendo hablar de esa historia, ¿entiendes?, me la sé de memoria, sé lo del anciano que se la contó, sé cómo la escribió a



máquina mientras estaba en el pueblo y cómo después la reescribió cuando estaba en su casa, añadiéndole cosas propias... En fin, sé tantas cosas de ella que... no tiene interés.

– ¡No me lo puedo creer! Tienes que leerla conmigo, ¡sin falta!, no es lo mismo escucharlo por boca de otro que leerlo tú mismo, ni mucho menos.

Baldo no contestó de inmediato. La idea de leer una novela cuya historia ya conocía no le cautivaba, pero leerla junto a Ana sería una buena excusa para pasar mucho tiempo con ella... y esa sí era una idea que le cautivaba. Por otro lado, temía que contestando que no la decepcionaría, y eso era lo último que quería hacer. Sólo hacía un rato que la había conocido.

“Por otro lado”, pensó Baldo, “mamá estará encantada de que la lea. Nunca me ha pinchado para que lo haga, pero sé que le gustaría”.

– Vale, puede que sea una buena idea –dijo Baldo, de nuevo fingiendo naturalidad–, ya que vamos a la biblioteca sacaremos el libro y leeremos un poco todos los días.

– Qué bien –dijo ella, mirándole directamente a los ojos–, te enseñaré el pueblo y leeremos una historia fantástica. Se nos acumula el trabajo.

---

Quince minutos después estaban frente a la entrada principal de la biblioteca. Se habían ido parando en cada esquina para que Baldo tomase puntos de referencia. Estaba empeñado en aprender el camino de vuelta hasta la plaza aquella misma tarde. Se notaba un poco acalorado después de haber subido el punto más alto el pueblo.

– Es el edificio más raro que he visto en mucho tiempo –aseguró él.

– Sí. Por lo visto los que entienden de historia están pasmados, dicen que no les encaja dentro de ningún

estilo ni de ninguna época.

– Es muy viejo, ¿verdad?

– No se sabe. En realidad se tiene poca información; y eso es raro, siendo una biblioteca: no se conoce la fecha en que se terminó, ni el nombre del constructor, nada...

Baldo se retiró un poco para observar mejor el enorme edificio hexagonal. Era robusto, más aún de lo que parecía desde lejos, y sus piedras tenían aspecto de llevar allí plantadas desde el principio del tiempo. En la parte alta, cerca del reborde del tejado, cada uno de los seis lados presentaba una enorme vidriera de colores, con dibujos y filigranas.

– Es... no sé bien cómo explicarlo –aseguró Baldo–, produce una sensación de intranquilidad, intimida un poco, ¿no?

Ana le miró sonriendo.

– Te dejas intimidar con facilidad, Baldo... Sólo hay que saber cómo tratarla, eso es todo.

Le dio la espalda y comenzó a caminar hacia la puerta principal, abierta de par en par. Baldo arrugó la frente, sin entender qué había querido decir. Comenzó a caminar a paso rápido para alcanzarla.

Al atravesar la puerta miró hacia los lados y hacia arriba; se quedó atónito. El edificio imponía aún mucho más visto desde el interior. Se vio insignificante, diminuto en comparación con la increíble altura de la construcción, con la enormidad de sus muros de piedra y sus inmensas lámparas de araña. Después, poco a poco, fue fijándose en los detalles de aquella construcción fantástica como ninguna otra que hubiese visto: desde el techo, a muchos metros de altura, colgaban larguísimos cables que bajaban hasta una distancia de unos cinco metros del suelo, y de cuyos extremos pendían lámparas de araña de muchos brazos; cada uno de los seis lados de la biblioteca, a excepción de la puerta principal y la parte superior de los muros, se encontraban repletos de libros en estanterías más altas que un hombre. Baldo contó

cinco niveles de balcones metálicos que recorrían las paredes, siguiendo interiormente la geometría hexagonal del edificio; para llegar desde un nivel hasta el nivel siguiente existían dos escaleras, también metálicas, en segmentos opuestos del hexágono, de forma que en los niveles uno al cuarto había cuatro escaleras en cada uno, dos de subida y dos de bajada, mientras que en el quinto nivel y en la planta baja tan sólo había dos escaleras, que también se encontraban en segmentos opuestos. Por encima del quinto nivel el muro aún ascendía unos cinco metros más antes de alcanzar el techo. En cada uno de estos segmentos de muro había una hermosa vidriera de colores, flanqueada a ambos lados por unas piezas rectangulares del mismo tamaño, hechas de un material liso que parecía opaco o deteriorado por el tiempo.

La primera impresión robaba las palabras.

– Es bonita, ¿verdad? –preguntó Ana, como si tal cosa.

Baldo la miró un segundo, esbozó una sonrisa en un gesto de incredulidad y volvió a mirar hacia arriba. Se adentró en el edificio unos cuantos pasos más y fue girando lentamente para estudiar cada uno de los seis lados. Después bajó de nuevo la vista hacia su nueva amiga.

– Es... es... increíble, demasiado, yo... nunca había visto nada igual.

– Lo sé, estamos muy orgullosos de ella.

– Pero, pero... esto es... o sea, lo que quiero decir es que... esto es... Lucítera es un pueblo pequeño... ¿cómo...?

– Es inexplicable, te lo he dicho.

– ¡Y tanto! No comprendo cómo es que mi madre apenas me había hablado de este sitio hasta ahora. Una persona que se dedica a escribir cuentos, a vivir de la fantasía... seguro que habría utilizado un sitio como este para alguna de sus historias.

– Tal vez lo haya hecho... Quiero decir, ¿has leído alguno de los cuentos de tu madre?, si no has leído

*Albequa* a lo mejor tampoco...

– Sí, vale, no sigas... Tienes razón, no suelo leer los cuentos de mi madre. Son para niños, ¿vale?

– Vale, entiendo que no los leas ahora, pero antes...

– Ni antes tampoco, ella me los contaba, no hacía falta que los leyera, ¿no lo entiendes?

Ana le miró unos segundos sin decir nada. Sus rasgos se suavizaron lentamente y miraron a Baldo con una mezcla de cariño y paciencia.

– Por favor –dijo ella, bajando mucho la voz–, no te enfades conmigo, comprende que me resulte raro. Debes creermelo: leer un libro es distinto a escuchar la historia contada por otra persona. Cuando lees, la historia deja de pertenecer a las páginas y empieza a pertenecerte a ti, eres tú quien pone caras a los personajes, imaginas los colores y las distancias, ves las plantas, escuchas los sonidos de alrededor... Es como si un mundo se fuera construyendo pieza a pieza delante de ti, pero el constructor eres tú. Te aseguro que es lo más cerca que uno puede estar de la magia. Si me dejas intentaré enseñártela... poco a poco.

– Yo... ya te he dicho antes que sí, que leeríamos la novela de mi madre.

Ella sonrió de nuevo y le guiñó un ojo.

– Bien. Siento haberte hecho enfadar, no volveré a mencionar el tema, ¿vale?

– Te lo agradecería.

– Estupendo. Ven, buscaremos la novela de tu madre.

Se dirigieron a la zona de clasificadores. Ana abrió el cajón marcado como “Am-Ap” y comenzó a pasar con rapidez las tarjetas de cartón blanco mecanografiadas. Baldo miraba atentamente a sus dedos, sorprendido por su agilidad.

– Me muero de ganas de que informaticen esto – aseguró ella sin mirarle, adivinando lo que debía estar pensando–, pero supongo que eso es mucho pedir. Cada vez que se lo comento a mi madre mira al techo y luego se

marcha a otra habitación murmurando cosas. Supongo que es cuestión de dinero, como siempre.

– Bueno, para ti no parece ser un problema...

– Estoy acostumbrada, pero sería mucho mejor tener un sistema de búsqueda que no fuera tan... “digital”.

Ambos se miraron un momento y rieron por lo bajo. Una señora que estaba sentada en una mesa cercana les miró con cara de bulldog, pero no dijo nada.

– *Albequa*, ¡aquí está! ¿Tu madre se apellida Barcelli?

– Sí, Sonia Barcelli.

– Entonces tus apellidos son Algomás Barcelli, ¿no? ¿Cómo es tu nombre completo?

– Pues Bal...

En el último segundo, antes de seguir hablando, detectó que Ana abría un poco los ojos y comenzaba a dibujar una pequeña sonrisa. Baldo se dio cuenta de la trampa en la que casi había caído.

– Eres un mal bicho, casi has conseguido que te diga mi nombre. Eso... no me ha gustado, te he dicho que odio mi nombre, no quiero decirlo.

Ana sonrió pero se sintió un poco avergonzada y miró al suelo sin decir nada. Enseguida volvió a mirarle, pero esta vez no lo hizo con su habitual forma desenvuelta, sino un poco arrepentida.

– Lo siento... tienes razón, supongo que no debería empeñarme si de verdad lo odias tanto. Por favor, perdóname.

Él torció un momento la comisura de la boca. Se había enfadado, pero no demasiado. Había muchas cosas de aquella chica que realmente le gustaban, y algunas que no le gustaban tanto. “Pero sabe pedir perdón cuando mete la pata”, pensó Baldo. “Supongo que debería dejarlo correr, parece arrepentida de verdad”.

– Quizá algún día te diga mi nombre, cuando sepa que no te vas a reír y que vas a guardar el secreto. Mientras tanto no vuelvas a intentar sacármelo, ¿vale?

– Vale, lo siento de veras, a veces no sé cuándo tengo que parar...

– No importa, ¡olvidado! Pensemos en el libro, ¿dónde está?

– A ver... N1S2J4, fácil, vamos.

– ¿A dónde, qué significa ese galimatías?

– N1 es nivel 1, es decir, el primer balcón; S2 es sección 2, o sea, cada una de las paredes el hexágono, siendo la número 1 la que está sobre la puerta de entrada, y luego la 2 y siguientes siguiendo en el sentido de las agujas del reloj; J es la letra de la estantería, no todas las secciones tienen el mismo número de estanterías; y 4 es la balda, donde la número 1 es la que está más cerca del suelo y la número 7 es la más alta. Es raro que este libro esté en el nivel 1, normalmente ponen las novelas juveniles en el nivel cero para que no nos dediquemos a estar subiendo por ahí.

– ¿Por qué no?

– A saber, igual piensan que nos vamos a colgar de los balcones como si fuéramos monos, o que nos vamos a dedicar a tirar cosas hacia abajo. No sé, son cosas de los adultos que nunca entenderé, se creen que tenemos cinco años...

– Si no te importa yo me quedo aquí –dijo Baldo cuando llegaron al pie de la escalera que subía al primer nivel.

– No seas tonto; que prefieran que no subamos no quiere decir que lo tengamos prohibido. Anda, ven, lo buscarás tú mismo y así te irás acostumbrando... por si más adelante sacas otro.

– No de verdad, espero aquí. Tráelo tú.

– Pero venga, hombre, no pasa nada, podemos subir sin pr...

– Ya lo sé, es que... es que tengo miedo a las alturas, nada más –dijo él, bajando la voz poco a poco.

Ana pensó inmediatamente en hacer algún tipo de broma, pero se dio cuenta de que Baldo se había puesto muy serio. Ya se había pasado un poco con el truco para

intentar averiguar su nombre, así que decidió no tomarle el pelo.

– No lo sabía... ¿no quieres ni siquiera intentarlo...? Sólo es un nivel, no es muy alto.

– Qué va, me pongo fatal, prefiero quedarme, de verdad.

– Qué faena, debe ser una lata eso del vértigo.

– No es vértigo... realmente. Mi madre lo preguntó al médico, las personas que tienen vértigo no pueden ni subirse a una silla, pero yo sí. Lo mío es... simplemente... miedo a las alturas, no estoy acostumbrado. Por favor, sube tú, yo te espero aquí.

Ella sonrió un momento. Decidió no insistir más.

– Vale, no importa. Espera aquí un minuto, no tardo nada.

La vio desaparecer escaleras arriba, subiendo a saltitos pequeños y rápidos.

Realmente le gustaba.

Mientras esperaba volvió a mirar el edificio. No dejaba de asombrarle. Se fijó por primera vez en el suelo, que estaba hecho de grandes losas de granito, alternadas como en un tablero de ajedrez, sólo que no de color blanco y negro sino con dos tonos distintos de gris, uno muy pálido y el otro más oscuro. En combinación con el color piedra de las paredes conferían a todo el conjunto un aire recio y serio.

En el centro de la biblioteca, justo debajo de la gran lámpara, había una enorme estatua de mármol blanco. Se asentaba sobre un soporte cilíndrico, y medía unos dos metros y medio de altura. Representaba a una mujer con tres niños pequeños, probablemente una personalidad religiosa. Frente a la estatua, a unos pasos de distancia, había un atril hecho con el mismo material blanco, colocado sobre una base cuadrada que tenía la altura de un escalón. Un libro descansaba abierto sobre la superficie inclinada del atril.

A la derecha de la estatua y el atril se encontraba el mostrador de atención al público. Era de madera oscura y

compacta, y tenía forma hexagonal, como el edificio. Uno de los lados mostraba las muescas de una puerta que se movilizaba con bisagras de vaivén, de forma que se podía abrir hacia dentro o hacia fuera. En el interior del mostrador había dos mujeres, aunque Baldo no fue capaz de calcular la edad que tenían. “Más de cuarenta, eso seguro”, pensó. Se preguntó si una de las dos sería la madre de su nueva amiga.

Tal como había dicho, Ana volvió al cabo de un par de minutos, trayendo un grueso libro en la mano.

– Lo encontré, ¡es enorme! Creo que me va a gustar. Vamos, tenemos que registrar el préstamo.

Se dirigieron al mostrador. Ana fue directamente a hablar con la señora rubia. “Su madre”, pensó Baldo. El parecido físico no era evidente, no obstante, y se podía decir, sin exagerar, que lo único que madre e hija compartían era el color del pelo.

– Hola princesa. Qué raro, no sueles venir a estas horas...

Durante apenas un segundo Ana puso cara de fastidio. Baldo imaginó que se debía a que su madre le había llamado “princesa”. Ella se apresuró a responder.

– Hola, mamá. Mira, te presento a Baldo, está en el pueblo este mes pasando las vacaciones. Baldo, ella es mi madre, se llama Regina.

– Hola, Baldo, encantada de conocerte –dijo Regina.

Baldo se sintió un poco incómodo, no estaba acostumbrado a que le presentaran a las madres de sus amigas.

– Buenas tardes –dijo, después de uno o dos segundos de titubeo–, encantado de conocerle.

– Uy, qué formal eres, ¿no? –preguntó la madre de Ana, sonriendo sin disimulo. Estaba sinceramente sorprendida.

– Es normal, mamá –intervino Ana, para alivio de Baldo–, le cuesta un poco entrar pero luego resulta muy agradable...

Baldo sintió que se le encendía la cara.



– Bien, pues... bienvenido a Lucítera ¿Te gusta el pueblo?

Baldo pensó que debía ser cosa de familia: tanto la madre como la hija tenían una evidente facilidad para comenzar a hablar con extraños y, en su caso, además, para ponerle nervioso. Sin embargo, estaba empezando a cansarse de que eso fuera así, de su timidez y su falta de naturalidad al conversar con los demás. Ya que ellas dos eran tan directas y desenvueltas decidió comportarse de igual forma, seguro de que lo agradecerían.

– Me gusta –dijo, de pronto, y al hacerlo se dio cuenta de que al salir de sus pensamientos había elevado demasiado la voz–, me gusta... pero las calles son un lío, una especie de laberinto. Ana me está enseñando a no perderme...

– Bien, es una buena idea, princesa –contestó Regina, mirando un momento a Ana–, hay muchos turistas que terminan perdiéndose por el centro, los pobres... A nosotros nos resulta incomprensible, claro, pero lo cierto es que se pierden...

– Ana me ha hablado de la idea de los carteles... – interrumpió Baldo, en un alarde de osadía–, y me parece muy bien. No todos los turistas tenemos la suerte de conocer... a alguien de aquí que nos enseñe.

– Pues tomaré nota, hace tiempo que vengo pensando en eso. Podría darle un toque de gracia al pueblo. En fin, ¿qué tenéis?

Ana le dio el libro a su madre, sonriendo mucho y balanceándose un poco hacia delante y hacia atrás, como queriendo decir con su cuerpo “preguntame por qué este, mamá, anda, pregúntamelo”.

– Vaya, os habéis ido por un libro... quiero decir que... este libro se solicita poco, ¿sabéis sobre qué trata?

– ¡Baldo sí, se lo sabe de memoria! –dijo Ana por fin. Reventaba por que su madre hiciera la siguiente pregunta, pero no pudo esperar –. Ni te lo imaginas, mamá, ¡Sonia Barcelli es la madre de Baldo!

Regina miró a Baldo con evidente cara de sorpresa.

Después cambió el gesto, mostrando una especie de aprobación, asintiendo lentamente mientras alternaba la vista entre el libro y Baldo. Le dio la vuelta a la novela y leyó la contraportada. Luego abrió la tapa delantera y leyó la reseña biográfica que había en la solapa de la cubierta. Cuando terminó miró de nuevo a Baldo.

– Debes estar muy orgulloso, tu madre es una gran escritora.

Otra vez la misma frase. Baldo había oído aquel halago tantas veces que ya no se sentía capaz de apreciarlo, aún cuando sabía que la gente lo decía con sinceridad, no por compromiso. Se concentró para encontrar algo imaginativo que replicar. Se acordó de las veces que había visto a su madre levantarse y deambular por la habitación, hablando con Bella, intentando encontrar una idea para retomar el hilo de la narración, que tan difícil le resultaba a veces. Recordó que en cierta ocasión le habían entrevistado para una revista literaria, y que a la pregunta de si siempre había tenido tanta imaginación su madre había contestado que nunca había tenido imaginación alguna, pero sí mucha paciencia. Siempre le había gustado aquella respuesta.

– Estoy orgulloso de todo lo que trabaja –dijo, mirando a Regina a los ojos, con cierta sensación de triunfo–, supongo que por eso tantas personas creen que es una gran escritora.

Regina miró a su hija, levantando un poco las cejas y asintiendo de nuevo. Era obvio que su nuevo amigo le caía bien. Luego miró de nuevo a Baldo y le devolvió el libro.

– La biblioteca de Lucítera estaría orgullosa y agradecida de tener un ejemplar firmado por la autora, ¿crees que le importaría?

Eso sí era un halago nuevo. Sonriendo, rebotando orgullo, Baldo miró primero a Ana y después a Regina.

– Se lo diré, estoy seguro de que lo hará encantada.

– Estupendo; y ya puesta a pedir favores... ¿crees que le importaría venir hasta aquí algún día? Me gustaría

mucho conocerla.

– También se lo diré, seguro que vendrá enseguida. Le encantan los libros, y esta biblioteca le va a volver loca, ¡es alucinante!

– Gracias –contestó Regina–, estamos muy orgullosos de ella.

– Bueno, mamá –interrumpió Ana–, anota el préstamo, tenemos que volver a bajar al centro.

– De acuerdo, princesa, espera un momento.

Regina sacó una ficha y comenzó a rellenarla rápidamente con un bolígrafo de tinta negra.

– Normalmente –aclaró Ana– ahora me pedirían el carnet de lectora y lo anotarían en la ficha del préstamo. De hecho, lo normal es que la ficha la rellene el propio lector, anotando la referencia del libro que aparece en el lomo. Es la misma que había en la tarjeta del clasificador, ¿ves?, lo que ocurre es que mi madre pone una marca especial a los libros que saco yo, y así no tiene que estar rellenando todos los datos, ¿entiendes?

– Claro, relleno los datos personales, la fecha y la referencia del lomo, es fácil.

– Eso es, y puedes tener un máximo de tres libros prestados a la vez, mi madre (o la señora Dolli, claro, pero yo siempre vengo donde mi madre) van anotando en el carnet los títulos de los libros que sacas, y los va borrando cuando los devuelves; así siempre pueden saber cuántos libros tienes prestados. Todo esto, claro está –dijo, levantando un poco la voz– sería mucho más fácil si esto estuviera informatizado.

– No seas pesada, princesa –intervino Regina, sin levantar la mirada de lo que estaba escribiendo–, ya sabes que la biblioteca no tiene dinero para informatizar el catálogo, ni para comprar ordenadores... y eso no va a cambiar por mucho que insistas en decírmelo a mi. Yo estoy de acuerdo contigo, pero cuando no hay dinero no se puede hacer nada.

– Es una pena –aseguró Baldo–, en realidad hay muchos programas gratis que se podrían usar, un tío...

quiero decir, un compañero de mi clase se pasa el día colgado de internet, seguro que puede conseguir un programa gratis e instalarlo.

– Sí, pero ¿dónde? No tenemos ordenadores, y aunque los tuviéramos y pudiéramos instalar el programa, ¿quién iba a grabar toda la información?

– Ya, bueno... supongo que tu madre tiene razón, Ana.

– Yo lo que sé es que este sistema es anacrónico – dijo Ana, cruzando los brazos y arrugando la frente. Baldo no replicó.

– Ya vale, princesa, lo hemos discutido mil veces. Venga, ya lo he anotado, podéis volver al centro. Baldo, ¿te acordarás de hablar con tu madre?

– Claro que sí, seguro que vendrá enseguida.

– Muchas gracias, entonces... hasta otro día.

– Hasta después, mamá.

– Buenas tardes... –Baldo no sabía cómo terminar la frase; pensó en decir “doña Regina” o “señora”, pero tanto una cosa como la otra le parecieron espantosas. Decidió ir por otro lado–. Le avisaré cuando hable con mi madre.

Ana y Baldo salieron de nuevo a la luz de la tarde. Él llevaba todavía el libro bajo el brazo. Se lo ofreció a ella.

– Deberías quedártelo para que tu madre lo firme – opinó ella.

– Si tardas tan poco tiempo en leer los libros seguramente sea porque eres de esas personas que nada más llegar a casa se encierran en su habitación y se ponen a leer como si su vida dependiera de terminarlo, ¿o me equivoco?

– Pues... no, la verdad es que no.

– Quédate el libro –insistió él–, esta noche hablaré con mi madre, y mañana nos encontraremos los tres en la plaza o cualquier otro sitio y lo podrá firmar. Así esta noche podrás empezar a leerla.

– Pero... se suponía que la íbamos a leer juntos.

– No nos daría tiempo, se me acabarían las

vacaciones antes de que llegáramos al final. Podemos quedar todas las tardes después de comer y leer un poco, pero luego tú puedes seguir leyendo por la noche y la mañana siguiente, ¿no crees?

– Es una pena que tengas que estudiar por las mañanas...

– Dímelo a mí... Es verano, no me apetece nada, pero tengo que hacerlo si quiero aprobar los exámenes dentro de dos meses.

Ella pareció un poco desilusionada, pero asintió. Cogió el libro.

– Vale, lo haremos así, leeremos un rato todos los días después de comer.

Él sonrió. Resultaba fácil estar con ella. Le gustaba.

– ¿Crees que recordarás cómo volver al centro? – preguntó ella.

– Bueno, tengo que intentarlo, de otra forma nunca voy a aprenderme este lío de calles.

– Pues venga, ¿ahora por dónde irías?

– Por ahí, recuerdo ese banco de piedra.

– De acuerdo, vamos allá

Empezaron a caminar de nuevo, bajando despacio la pendiente de la calle que Baldo había elegido.

– Por cierto –dijo Baldo–, lo he notado.

– ¿Qué es lo que has notado?

– He notado lo poco que te gusta que tu madre te llame *princesa*.

– Ah, eso... pues sí, la verdad es algo que odio, sobre todo cuando lo hace delante de otras personas.

– ¿Y por qué no te gusta? Me imagino que lo hace por cariño.

– No, no es por cariño –dijo ella, un poco pensativa–, en realidad es una larga historia, y es algo de lo que no me gusta hablar, así que dejémoslo.

– ¿Que lo dejemos? De eso nada, ahora que has empezado no me puedes dejar a medias...

Ella se detuvo y lo miró severamente. Baldo se dio cuenta de que quizá había dicho algo que no debía.

– A ti no te gusta que te pregunten por tu nombre, ¿verdad? –preguntó ella.

– No, no me gusta –admitió él, bajando la voz.

– Bueno, pues a mi no me gusta que me pregunten sobre esto, así que déjalo ya, ¿de acuerdo?

Él se sintió un poco estúpido. En realidad no tenía interés en saber por qué Regina la llamaba princesa, y si había insistido era sólo por bromear. No quería que la conversación se volviese tirante.

– Tienes razón, perdona –se disculpó–. En realidad sólo quería bromear, pero veo que no te gusta hablar de eso. Borra lo que he dicho, ¿vale?

Ella sonrió apenas, y asintió una única vez.

– ¿Me prometes no reírte si te pregunto una cosa? –dijo él, intentando a toda costa cambiar de tema.

– No sé, depende de lo que me preguntes –contestó Ana, volviendo a su desparpajo de siempre–. Prometo *intentar* no reírme.

– Vale, pues entonces... ¿qué diablos significa *anacrónico*?